

# ANTES DEL AULA:

Los orígenes de la Facultad de  
Filosofía y Letras  
en la Universidad de Puebla,  
1937-1950

Jesús Márquez Carrillo



## Jesús Márquez Carrillo

El lunes 5 de abril de 1965 se llevó a cabo — en el salón Barroco de la Universidad Autónoma de Puebla— la inauguración de la Escuela de Filosofía y Letras. Esta Escuela germinó en el marco de la Reforma Universitaria y las transformaciones académicas y administrativas impulsadas por el doctor Manuel Lara y Parra, pero originalmente su establecimiento estaba señalado en la Ley Orgánica que convirtió al centenario Colegio del Estado en Universidad de Puebla, en 1937 (Periódico Oficial, 21 de mayo de 1937, p. 171). Desde entonces y hasta 1965 aparecieron varias ideas y propuestas para llevarla a cabo, ¿Qué fue lo que impidió o por qué durante varias décadas en la Universidad de Puebla (1937-1956) no se consideró importante la enseñanza especializada de las humanidades? A partir de distintas fuentes, aquí se propone un breve y tentativo recorrido por esta cuestión.

# Cacicazgo Avilacamachista y cultura social conservadora

Entre 1920 y 1940, la formación del nuevo estado mexicano se fincó en un sinnúmero de caudillos y caciques regionales. En cada entidad federativa se articularon intereses, perspectivas y modos de sociedad con rasgos propios, desde los más radicales hasta los más conservadores; para el caso de Puebla, en la década de los años treinta se llevó a cabo el surgimiento y la consolidación del cacicazgo avilacamachista (1929-1940).<sup>1</sup>

Los principios corporativos e ideológicos de este cacicazgo, fueron trazados por una élite religiosa que —formada en el Colegio Pío Latinoamericano y la Universidad Gregoriana— se consolidó antes de los años veinte y que para los años cuarenta no sólo tenía el control de varias diócesis (Yucatán, Monterrey, San Cristóbal de las Casas, Morelia y Ciudad Victoria), sino también jugaba un papel importante en la vida intelectual de la Universidad de Puebla, gracias a que sus retoños, ahora profesores, se habían formado en sus filas —en la Universidad Católica Angelopolitana (1908-1914) o en su antecedente, el Seminario Palafoxiano (Márquez, 2021, p. 149). Docentes como César Garibay, Delfino C. Moreno, Gabriel Sánchez Guerrero y Florencio Carrillo y Álvarez pueden citarse como ejemplo.

En esta medida, desde finales de los años treinta hasta la década de los años sesenta la política cultural del gobierno del estado sería la de —en cierto modo— acoger el desarrollo de una cultura social conservadora, donde, por una parte, la Iglesia —subordinada al poder estatal— se concebía como la gran civilizadora de la sociedad y las costumbres y, por otro lado, la derecha secular y religiosa reivindicaban como ideología propia al hispanismo y a la virgen de Guadalupe como la enseña forjadora de la nación mexicana (Márquez, 2016, pp. 39-40). Nada parecido a una política en defensa del estado laico.

En sus momentos de gloria, el cacicazgo fue una estructura cerrada de poder, no toleró a la oposición dentro o fuera de las instituciones. Si los intelectuales y los periódicos críticos tuvieron que salir de la entidad o desaparecer, los grupos y las organizaciones políticas fueron reprimidas o cooptadas. El control vertical de las organizaciones sociales en el “Partido de la Revolución” y de un número importante de instituciones de la sociedad civil —como la prensa, la Iglesia y la Universidad— garantizaba que nada se moviera sin la voluntad del grupo dominante (Pansters, 1992, pp. 94-101). Pese a todo, el control no fue completo; al mostrar el cacicazgo ciertas fisuras se manifestaron en la Universidad algunas propuestas alternativas de modernización y reforma académicas, y también —hasta donde fue posible— se pusieron en marcha. Es en este entramado que podemos comprender la historia de la Universidad y sus transformaciones.



<sup>1</sup> Una posible periodización de este cacicazgo podría ser la siguiente: orígenes, consolidación y auge, 1929-1945; crisis, 1945-1952; repunte, 1952-1958 y, ocaso, 1958-1973.

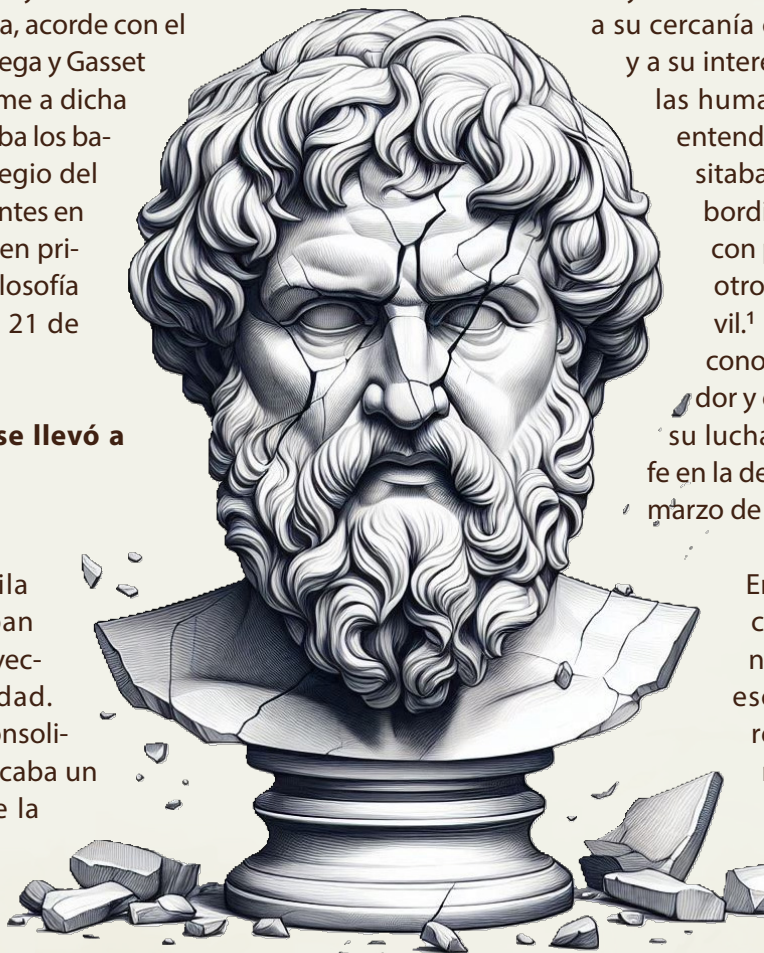
# Política, poder: propuestas iniciales

El uno de febrero de 1937, el general Maximino Ávila Camacho tomó posesión como gobernador de la entidad y una de sus primeras medidas para conseguir el control de la Universidad fue nombrar director del Colegio del Estado a un amigo suyo, Manuel L. Márquez, cuya trayectoria era polémica, además de fungir en ese momento como asesor legal de la Acción Revolucionaria Mexicanista-Puebla (ARM-Puebla), una organización de derecha antisemita y anticomunista (Romano, 1985, I, pp. 177-185; DMECIHS Carpeta 1, doc. s/n). Antes de cumplir un mes, el mandatario anunció el establecimiento de la Universidad de Puebla; el 22 de mayo se llevó la inauguración.

Según la Ley Orgánica, la nueva institución universitaria quedaba integrada por bachilleratos, facultades, escuelas e institutos, de suerte que en ella se facilitara la docencia, la investigación y la extensión universitaria: una idea moderna, acorde con el modelo establecido por Ortega y Gasset en 1930. Asimismo, conforme a dicha ley, la Universidad conservaba los bachilleratos del anterior Colegio del Estado, las facultades existentes en el mismo y las por erigirse, en primer lugar, la Facultad de Filosofía y Letras (Periódico Oficial, 21 de mayo de 1937, p. 171).<sup>1</sup>

## ¿Por qué, entonces, no se llevó a cabo la fundación de esta escuela?

Al general Maximino Ávila Camacho no le interesaban las humanidades, ni el proyecto moderno de Universidad. Desde su perspectiva, la consolidación del cacicazgo implicaba un control más directo sobre la institución, pero no podía hacerlo de inmediato porque los profesores



y estudiantes en su mayoría se habían manifestado en contra de la educación socialista y a favor de la autonomía universitaria (AHU. Fondo Colegio del Estado. Sección Administrativa, 1936, exp. 11). En consecuencia, tendría que esperar un momento más propicio, que ocurrió con la rebelión cedillista (1938), la cual tuvo en Puebla el apoyo de las clases medias organizadas, algunos militantes de la ARM-Puebla y jefes ex cristeros (AGN Presidentes. Cárdenas, exp. 559.1/15; La Opinión, 14 de junio de 1938, p. 1).

Aprovechando la coyuntura, Ávila Camacho puso a sus hombres de confianza y redujo la Universidad a las dimensiones que anteriormente gozaba el Colegio del Estado: ahora sólo se dedicaría a la enseñanza, como lo hacía a principios del siglo XX (Vélez, 1981, pp. 33-44). Con esto se esfumaba la idea de abrir una escuela de Filosofía y Letras. Los grupos conservadores, pese a su cercanía con el mandatario poblano y a su interés en el proyecto de cultivar las humanidades clásicas, deberían entender que para sobrevivir necesitaban convertirse en aliados subordinados del régimen, aunque con poder en la Universidad y en otros espacios de la sociedad civil.<sup>1</sup> La nueva "derecha oficial" reconocía como su líder al gobernador y éste ratificaba públicamente su lucha contra el comunismo y su fe en la democracia (El Machete, 19 de marzo de 1938, p. 13).

En México, la oposición derechista al gobierno de Cárdenas actuó sin cortapisas. Por eso, la derrota de la España republicana y el triunfo definitivo de Franco generó en los grupos conservadores del país nuevas expectativas, tanto más cuando los simpatizantes del

<sup>1</sup> En nuestra concepción actual se trataba de escuelas porque no impartían un solo posgrado.

<sup>1</sup> Con la expresión humanidades clásicas me refiero no sólo al dominio correcto del idioma, sino también a que la apropiación de lo humano consiste en comportarse educadamente, en interiorizar el proceso civilizatorio de educación y buenas maneras: la urbanidad.

bando sublevado se encontraban en las principales plazas del país. En Puebla, desde que se inició la “cruzada franquista”, Carlos Alonso Miyar, profesor universitario, vicescámbulo honorario de España y —según se decía— representante personal del Caudillo, promovió en la ciudad “suscripciones y campañas a favor de la causa nacional” (ABC, 13 de julio de 1965, p. 60). Pero no sólo eso en los años cuarenta, Puebla fue tal vez el único lugar en México donde la élite intelectual quiso replicar el modelo franquista en la Universidad (Márquez, 2021, pp. 160-164). El contraste básico es que, en México, la religión católica nunca fue religión de Estado y que lo que se estableció fue un *modus vivendi* sin modificar la Constitución de 1917.

En estas condiciones —a diferencia de Morelia, Guadalajara, Monterrey o San Luis Potosí—, en Puebla, las actividades intelectuales de los refugiados españoles no fueron bienvenidas; el peso de las derechas impidió en la Universidad que éstos dejaran huella.<sup>1</sup> En los primeros años de refugio, pese a las gestiones de Cosío Villegas y de Alfonso Reyes desde la Casa de España en México, ahora El Colegio de México, las humanidades de los exiliados no pudieron ingresar a la Universidad de Puebla.<sup>1</sup> Después de tanta insistencia y de ofrecer a León Felipe, Enrique Díez Canedo, Juan de la Encina, José Moreno Villa y Luis Recasenses como conferencistas o docentes en estancias breves, el rector, Alfonso G. Alarcón, contestó que le parecía demasiada calidad para esta Institución modesta, “un poco conservadora en el sentido más amplio de la palabra, y que le apenaría que el conferenciante se encontrara con un “público ridículamente escaso” (Enríquez, 2018, pp. 99-102).

Reyes y Alarcón eran amigos desde el Ateneo de la Juventud (1909-1914); el rector de Puebla —reconocido científico y pediatra, pero no gente de Maximino— le expuso personalmente al presidente de la Casa de España la situación de la Universidad y en una circunstancia muy especial, en julio de 1939, lo invitó a Puebla. Ese día, el gobernador, en presencia del rector de la UNAM, le ofreció a Alfonso Reyes 300 pesos mensuales para un catedrático exiliado.

Por ese entonces, el vicerrector Francisco de Paula Tenorio deseaba organizar los estudios de filosofía en la Universidad y el presidente de la Casa de España le propuso a la rectoría que se encargara del asunto el filósofo Eduardo Nicol i Franciscá (1907-1990): él aceptaba “ocuparse de la Cátedra de Filosofía y la organización de la Facultad correspondiente en la Universidad de Puebla”. Pero el proyecto no avanzó: el gobernador quería que la prometida suma saliera del raquítico presupuesto de la Universidad y, además —según el rector— no había maestro alguno que ganara esa cuantiosa fortuna.

A principios de septiembre, Alfonso Reyes contestó que, si era por motivos presupuestales, la Casa de España financiaba por algunos meses esa empresa. El profesor Nicol se encargaría de dictar los cursos generales de filosofía y de organizar la Facultad (Enríquez, 2018, pp. 105-109). El rector guardó silencio: no había manera de que en la Universidad prosperaran las modernas humanidades del exilio.<sup>1</sup> En un ambiente conservador, más valía no agitar las aguas. La Universidad estaba tranquila, había una alianza del gobierno con la derecha y ya formaba parte de una estructura regional de poder: el cacicazgo avilacamachista.



<sup>1</sup> El caso más dramático es el del eminente endocrinólogo Rosendo Carrasco Formiguera que —remunerado por la Casa de España y habiendo conseguido descubrir y demostrar la existencia de insulina en el interior de las células— tuvo que irse de la ciudad debido a un ambiente hostil tanto a su persona como a su trabajo.

<sup>1</sup> Digo las humanidades porque, además del doctor Rosendo Carrasco Formiguera, también llegaron a la Universidad —y se quedaron— los ingenieros José Sánchez Rodríguez y José Fernández Lerena, entre otros.

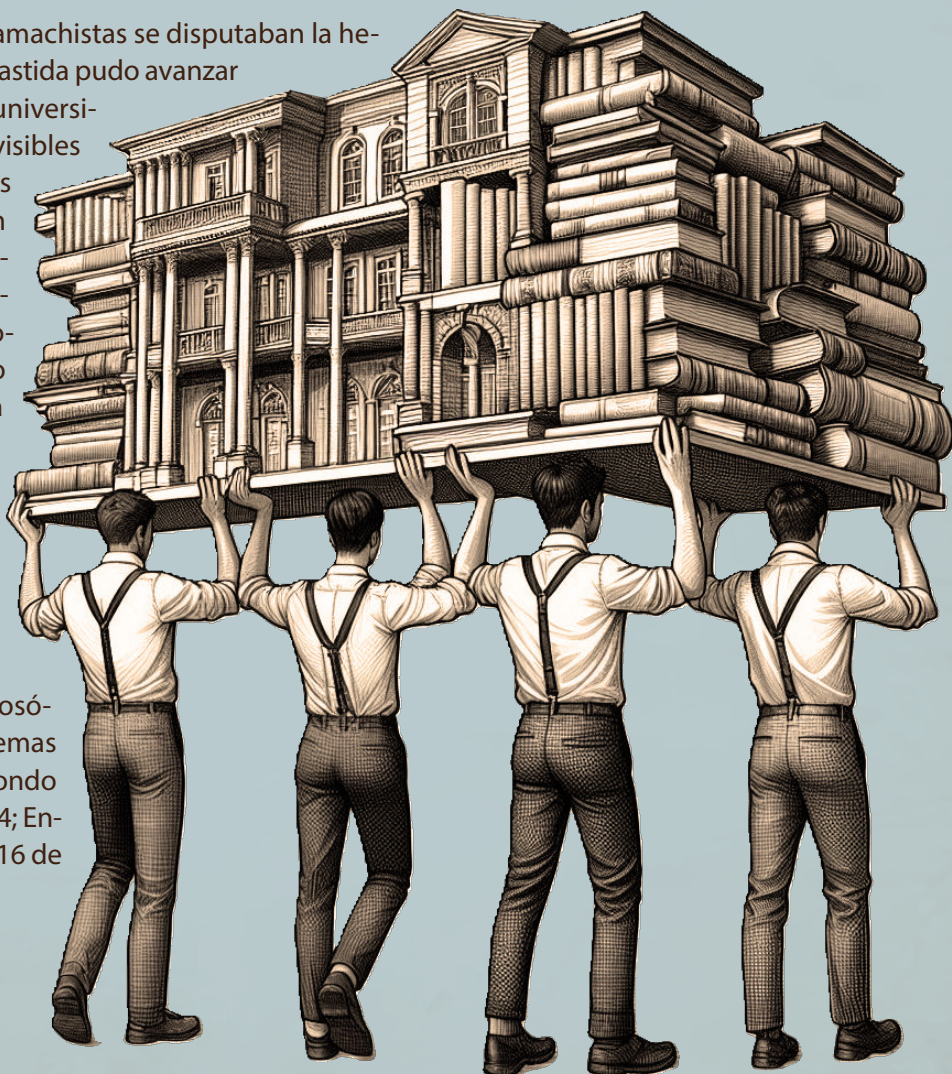
<sup>1</sup> Partiendo de la humanidad concreta y viviente en sus grandes y cotidianas manifestaciones, las humanidades modernas buscan estudiar a la cultura como bien común de la humanidad. Importan, en consecuencia, todas sus expresiones, desde el conocimiento del pasado hasta el conocimiento actual.

# Política y modernización universitaria: un proyecto seminal

Durante la primera crisis del cacicazgo, frente a una élite intelectual universitaria imbuida de clasicismo y romanticismo, sonetista y romancera, que en poesía y prosa rescataba la imagen de una apacible provincia mexicana apegada a las tradiciones y las costumbres religiosas y que en la producción historiográfica idealizaba la época colonial y su legado, irrumpió en 1945 una generación de jóvenes que, reunidos en la revista *Cauce*, rescataba el trabajo poético de Pablo Neruda, León Felipe, Miguel Hernández, Federico García Lorca, Antonio Machado y Pedro Salinas, así como el teatro contemporáneo de Marcel Pagnol, George Bernard Shaw, Jean Paul Sartre, Berthold Brecht, etc. y, en cierto modo, la filosofía “fenomenológica” y existencialista. (Sotelo, 2006, pp. 61-105).

Este grupo —en el que figuraron Juan Manuel Brito Velázquez, Antonio Esparza Soriano, Juan Porras Sánchez, Gastón García Cantú e Ignacio Ibarra Mazari, por citar a los más importantes— se dio a la tarea de modernizar las letras y la cultura en Puebla, primero con el apoyo de El Colegio de México; luego, gracias al Seminario de Cultura Mexicana y sobre todo también con el apoyo entusiasta del rector Horacio Labastida Muñoz (1947-1951). Por primera vez se escucharon en la Universidad a Fanny Anitúa, Esperanza Cruz, Rodolfo Usigli, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Agustín Yáñez, Ángel Zárraga o Julián Carrillo, entre otros (Sotelo, 2006, pp. 51-53).

Mientras los grupos políticos avilacamachistas se disputaban la hegemonía del cacicazgo, el rector Labastida pudo avanzar en un proyecto de modernización universitaria que tuvo como sus caras más visibles al grupo *Cauce*, al licenciado Carlos M. Ibarra y a los ingenieros Joaquín Ancona Albertos y Luis Rivera Terrazas, los dos últimos liberales y de izquierda.<sup>1</sup> El licenciado Labastida logró el establecimiento del Instituto de Biología, la creación de la escuela de Ciencias Físico Matemáticas y la apertura del teatro universitario, por ejemplo. Sin embargo, quizá lo más importante es que llevó a cabo en la preparatoria la modificación de los planes y los programas de estudio para conocer y discutir en las aulas el pensamiento social y filosófico del siglo XX y analizar los problemas históricos y actuales del país (AHU Fondo UAP, Informes de Rector. Caja 1, exp. 4; Entrevista a Horacio Labastida Muñoz, 16 de marzo de 1995).



<sup>1</sup> Ancona Albertos fue tachado de hereje porque puso en duda el dogma de la Asunción de la virgen María, declarado por el Papa Pío XII el 1 de noviembre de 1950.

En una perspectiva global, junto con “las ciencias exactas y naturales contaban las humanistas, incluidos estudios clásicos, una introducción a la filosofía y el acento especial en materias históricas dedicadas al conocimiento de lo mexicano”; un curso de sociología de México coronaba el proyecto (Labastida, 1993, p. 54). Estos cambios curriculares, además, tenían una finalidad mucho más amplia que la “mera introducción global del alumno a la cultura”, buscaban incidir en la transformación intelectual de la Universidad.

En 1950, pese a varias resistencias, el Consejo Universitario aprobó la creación de la escuela de Ciencias Físico Matemáticas (ACU. Sesión ordinaria, 8 de febrero de 1950). Esta carrera fue concebida también como una maestría para el doctorado en Filosofía; después vendría el proyecto de una Facultad, con su propia licenciatura (Entrevista a Horacio Labastida Muñoz, 16 de marzo de 1995).<sup>1</sup> La meditación filosófica sin el saber científico —señaló el licenciado Labastida— está condenada “a caer en sofisticaciones dogmáticas y metafísicas inútiles y riesgosas [...] Las ciencias protegen al pensamiento de desviaciones fantasiosas y del peligro de la dogmatización metafísica [...]”

Hiroshima y Nagasaki son aún los brutales ejemplos del camino de la ciencia sin la reflexión moral y filosófica (Labastida, 1993, p. 55). De hecho, la ciencia tiene un valor práctico si beneficia a la humanidad; pero el amor a la verdad prevalece, aun en los casos en que su única utilidad sea la de “destruir nuestros propios prejuicios y privilegios”, aseguraba Sartre (Rodríguez, 1970, pp. 19-20). En este contexto, filosofía y ciencia se concebían como la síntesis de un saber total en la formación del hombre moderno y su camino hacia la libertad; ese era el fin de las humanidades modernas.

De esta guisa, lo que buscaba el rectorado de Horacio Labastida era avanzar en un proceso de secularización social. Contra las “destempladas exponencias del añoso escolasticismo” era necesario e indispensable el cultivo de la ciencia; ésta por sí misma combatiría en la Universidad arraigadas ideas, valores y tradiciones (Labastida, 1993, p. 55; entrevista a Horacio Labastida Muñoz, 16 de marzo de 1995). El problema fue que el cacicazgo se reconfiguró y el rector, perseguido, tuvo que salir de Puebla.

<sup>1</sup> En la UNAM, la carrera de Filosofía se creó en 1960. Antes de ese año era común que los que aspiraban a una maestría tomaran distintos cursos en las licenciaturas de la Facultad de Filosofía y Letras y presentaran su respectiva tesis. A diferencia de los preparatorianos, el requisito para ingresar a la maestría era que tuvieran el grado de bachiller. En la Universidad de Puebla quizá se pensó en esta modalidad.



# Obertura y coda

A principios de los años sesenta en algunos cursos —o fuera de ellos— se destacaba el papel de la Virgen de Guadalupe como un elemento configurador de la nacionalidad mexicana y verdadero símbolo de la confraternización americana. En las antípodas del proyecto que pensaba en hermanar ciencia y filosofía, para las élites intelectuales hegemónicas el propósito era llegar a Dios a través de la ciencia, como se había planteado la modernidad católica española que unió fe y razón. Esta situación provocaría el movimiento por la Reforma Universitaria, que estalló en 1961, y en este marco, el lunes 5 de abril de 1965 se llevó a cabo la inauguración de la Escuela de Filosofía y Letras.

De igual modo que con Labastida, la Escuela se concibió como un espacio desde donde se podrían propagar las ideas liberales y de izquierda para favorecer la modernización académica e intelectual de la Universidad: “La meta que nos proponemos —escribió el maestro Joaquín Sánchez Macgrégor, director de la Facultad, en el evento de apertura— es la formación integral apoyada en la sindéresis, la capacidad de juicio, el criterio científico; la ciudadanía responsable, desechando los arcaicos sistemas de enseñanza verbalista de memorización [1]” (El Día, 22 de abril de 1965). Se trataba, en suma, como cabeceó la nota el periódico de “enseñar a pensar, educando la sensibilidad y la inteligencia”. Una dura tarea que se mantiene viva en nuestros días.



# Referencias

## Archivos

AGN	Archivo General de la Nación
AHU	Archivo Histórico Universitario, BUAP
DMECIHS	Documentos Movimiento Estudiantil, Centro de Investigaciones Históricas y Sociales, ICUAP

## Entrevista a:

Horacio Labastida Muñoz, 16 de marzo de 1995

## Hemerografía

ABC, 13 de julio de 1965  
 El Día, 22 de abril de 1965  
 El Machete, 19 de marzo de 1938  
 La Opinión, 14 de junio de 1938  
 Periódico Oficial del Gobierno Constitucional del estado L. y. S de Puebla, 21 de mayo de 1937

## Bibliografía

Enríquez, A (2018). *Árbol de la vida. Alfonso Reyes y la inteligencia poblana, 1911-1959*. México: El Colegio Nacional

Labastida, H (1993). *Ciencia y filosofía: un proyecto inconcluso*. Universidad de México. Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, núm. Extraordinario, pp. 54-55.

Márquez, J. (2016). *Arte, identidad regional y nacionalismo conservador en Puebla, México, 1920-1960*. Artes. La Revista, vol. 15, núm. 22, pp. 28-51.

Márquez, J. (2021). *La veta orteguiana y franquista en las leyes orgánicas de la Universidad de Puebla, México, 1937 y 1941*. Espacio, Tiempo y Educación, vol. 8, núm.2, pp. 145-169.

Pansters, W. (1992). *Política y poder en México. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937-1987*. Puebla: Centro de Estudios Universitarios, UAP.

Rodríguez N. (1970). *Las humanidades modernas y la sociología*. Revista de la Universidad, núm. 22, pp. 11-27

Romano, A (1985). *Anecdotario Estudiantil*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.

Sotelo, H (2006). *El Grupo Cauce: sembrador del futuro*, Puebla: Gobierno del Estado de Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Cuadernos del Archivo Histórico Universitario.

Vélez, A. (1981). *Leyes orgánicas de la Universidad Autónoma de Puebla*. Puebla: Editorial de la Universidad Autónoma de Puebla.